

Palabras claves: emigración, violencia, historia oral, relaciones de genero, masculinidad.

Un Cantabro en Cuba

"Testimonio de un emigrado"

**Lic. Raydel Romero Cabo
Prof. Universidad de las Ciencias Informáticas. UCI
raydelrc@uci.cu**

"A Manolo"

La emigración española hacia Cuba fue un proceso continuo a lo largo de los siglos XVI al XX, que con diferentes características, fue evolucionando desde una colonización dirigida a la creación de núcleos urbanos, con el establecimiento de colonos blancos, hasta la entrada de trabajadores libres en régimen de asalariados, de acuerdo al desarrollo de la economía y del sistema productivo cubano. Además de estos factores de carácter económico, en el proceso de inmigración y colonización blanca, actuaron otros factores de carácter político, social y cultural. La abundante demanda de mano de obra barata se hizo sentir cada vez con mayor fuerza desde que el sistema esclavista cubano entró en crisis y gran parte de esta oferta, tanto en las ciudades como en el campo, fue cubierta con la llegada masiva de inmigrantes españoles venidos de los mas recónditos lugares de la península.

Tal fue el caso de "Manolo", como todos le conocían, el diminutivo de su verdadero nombre, José Manuel Fernández de la Cueva. Nacido el 21 de Octubre de 1889, en un pueblo llamado Udías, cerca de Santander, perteneciente a Cantabria al norte de la península Ibérica. Siendo uno de los siete hijos de Pedro Julio y Natividad. Junto a sus hermanos Maria, Julio, Marcelino, Pablo, Vicente y Natividad su hermana menor quien tenía igual nombre que su madre.

Éste es el testimonio de uno de los protagonistas del fenómeno emigracional español a América, quien por ochenta y cinco años, vivió con "glorias" en Cuba. Hoy damos a conocer la historia de quien vendría en busca de sueños y utopías de progreso material y encontrara un inmenso futuro de crecimiento espiritual en una sociedad que ahora haría como suya.

“**D**esde que llegué en ocasiones he pensado en muchas de las cosas que uno hacía cuando era niño, en mi tierra, hasta la edad de ir a la escuela a fraternizar con los demás niños de otros pueblos de Udias que nos conocimos en la misma escuela de Pumalverde hasta la edad de doce años. No recuerdo quiénes eran mis padrinos, ni recuerdo haber dicho la palabra “Madrina” ni “Padrino”, y tengo la seguridad que mis padres cumplieron con esa tradición cristiana desde la era de Cristo hasta su bautizo en el Jordán. Como el mayor de los siete hermanos, desde antes de cumplir los seis años, mi madre me mandaba a buscar berzas al “huertucu” para el cocido, allí había una mata de higos y a mitad del camino había “santucu”, era como un refugio de caminantes, y poco antes de llegar estaban unos bardales muy tupidos y desde el camino nos tirábamos sobre ellos.

Como pesábamos poco nos zarandeábamos como si fuera un columpio, ya sería con unos cinco años, (mi hermana menor Nati, tendría unos dos años) y a medida que yo iba creciendo en muchas cosas ayudaba a mi madre; le llevaba la comida a mi padre a la mina, traía agua de la fuente para tomar: “recuerdo que el agua de Peña Montero llegó a Rodezas allá por 1908, fue un día de fiesta para nosotros ese acontecimiento”, llevaba a los segadores del prao y ayudaba en el verde, aguantaba el candil cuando mi madre veía si las gallinas tenían huevos. Traía garabas, ayudaba a sacar hierba seca en el pajar para las vacas, iba con mi madre a Cabezón el día de mercado y compraba factura en casa de Rubinos.

Rezábamos el Rosario todas las noches al lado de la lumbre; de noche salía para Pilurgu a recoger castañas cuando amaneciera; a Cabezón maíz al molino, y el burro lo llevaba, ayudar en la recogida de panojas, y en la deshoja comíamos castañas cocidas.

En los días de fiesta se mataba un “Chon”, se comía boronos; como el día de San Antonio, donde se hacía arroz con leche, también iba a las romerías y a misa todos los domingos a Pumalverde. Fui ovejero en las vacaciones, me

pasaba el día con el rebaño por Pilirgu y las montañas que lo rodeaban, de ahí entraba en el Monte Llaguno, donde había madraños y subía a las montañas donde había buena manzanilla.

Desde esa altura se veía el mar de nuestra costa "Cantabria" y barcos que pasaban en la lejanía; ilusión sentía por poder llegar en uno de ellos a las tierras de América.

Recorría aquellas montañas entre peñascos y veredas, contemplaba la belleza de aquellos pueblos costeros como Pulloba, Ruilobuca, Trasíerra y Liendres. A la caída de la tarde emprendía el viaje de regreso a Rodezas con el rebaño de ovejas.

Estos son los recuerdos que tengo de mi tierra entre la edad de seis y 12 años, hasta que me decidí a emigrar a Cuba. Pero para ser sincero a diferencia de otros emigrados, yo me decidí a emigrar por embullo, sí sucedió por eso por el embullo de que todo el mundo venía para América, Cuba, Argentina, Venezuela entre otros. Yo realmente no tenía problemas económicos ni de servicio militar todavía, vine porque venían todos y dije "pues también me voy yo" y aquí estoy todavía.

Recuerdo como fue todo, especialmente la travesía que tan joven me convirtió en emigrante. Cuando salimos de Santander el día 22 de Noviembre de 1916, rumbo a La Habana, dos sentimientos me embargaban, tristeza por dejar a mis padres, hermanos, familiares y amigos, así como al terruño donde nací, entusiasmo por ir hacia un país desconocido.

A medida que el barco se alejaba mar afuera aquel atardecer, nos íbamos adentrando en la oscuridad de la noche, solo se veían las estrellas y comencé a sentir algo extraño. Bajé a la bodega del barco, de tercera clase, la más barata e incomoda, pues ahí íbamos hacinados, para ver si se el mareo se me aliviaba, aunque este persistió durante días producto del va i ven del barco navegando entre las grandes olas. Luego traté de pasar la mayor parte del día y las noches en cubierta, donde el aire libre me hacía sentir aliviado, así como

contemplaba el inmenso océano y algún barco que cruzaba a lo lejos sin saber cuál era su destino.

Cuando llegaba la hora de las comidas era que más recordaba el cocido y los torrendos que mi madre nos daba; pero por fin, en el amanecer del día trece de Diciembre de aquel año, a veinte un días de la partida, avistamos las costas cubanas.

Nunca olvidaré el brillante sol que despuntaba a lo lejos, era un día luminoso y así de majestuoso cruzó nuestro barco entre el Morro, la Cabaña y La Punta, enfilando por el canal de la Bahía hasta atracar en el muelle de la Luz.

Sanidad y Emigración nos dieron el visto bueno para bajar. Me hospede en una fonda cercana y envié un aviso al paisano Antonio, a quien yo venía recomendado, hermano de un amigo de mi tío Salvador Rodríguez, quien me pagó el pasaje, como él trabajaba en un a café donde ponían películas silentes, figúrese, las primeras películas que fueron a Santander, fue hace más de ochenta años, y mi tío con eso obtenía buenos ingresos y lo convencí de que me pusiera el dinero necesario para el viaje.

Pasado los dos días llegó el tal Antonio, que era carpintero en un ingenio azucarero, en la provincia de Pinar del Río y me ofreció aprehender su oficio, pero a mi no me gustaba eso, yo quería hacer el trabajo en el propio ingenio. Para intentarlo tuve que hablar con el norteamericano que estaba de jefe, y éste me preguntó; “¿usted que sabe hacer en el ingenio?”, a lo que yo le contesté solamente; “yo no sé nada, pero tengo mis dos manos”.

La sorpresa fue que me responde; “bueno, venga mañana a la seis de la mañana”, porque entonces había zafra, y se trabajaban doce horas diarias en el ingenio, en dos turnos de seis horas cada uno. Yo empecé ene. Departamento de Fabricación de Azúcar.

Un ingenio tiene tres o cuatro departamentos; Molida, Planta Eléctrica y otros, así entre por el mismo corazón de central. Tomé unos estudios con los que me

hice técnico Azucarero primero y después llegué a ser el Jefe de Fabricación de Azúcar del Ingenio. Hasta que decidí trasladarme a el central “Amancio Rodríguez”, que ahora pertenece a la provincia de Las Tunas, pero antes a la de Camagüey y se llamaba el Central “Francisco” por el nombre del padre de Don Manuel Rionda, un asturiano que lo montó en los albores de la República, empezando a moler en 1902, además que después se fue ampliando con la destilería de alcohol, envases del Ron Sevilla y la fabricación de tablas de vagazo etc. De modo que siempre, siempre, he trabajado en el ingenio, donde estuve cincuenta años de mi vida, a pesar de que los primeros años las cosas en Cuba eran muy difíciles, pero poco a poco fui mejorando en la principal industria del país, hasta que me case.

Ella es cubana, Olimpia Estrada Gaecia, Doctora en Pedagogía y camagüeyana; como el central era de esa provincia, ahí mismo conocí a esta mujer que me ha acompañado los días de mi vida, desde entonces, siempre a mi lado.

Con ella volví por primera vez de visita a España, en un barco portugués “ El Santamarías”, eso fue en el año 1856, y ya era distinto, en clase especial, con salones de baile y comida de verdad. Solo así cogí el barco, cuando estos mejoraron, primero estuve treinta y nueve años sin volver. Así ella conoció a mis padres y a varios de mis hermanos de los cuales ya habían muerto dos.

El pasaje era muy barato, no me acuerdo cuanto, pero era muy poco. El resto de las visitas que he hecho a España han sido en avión.

Cuando la zafra terminadaza y cerraban el ingenio yo venía para la Habana y con un amigo asturiano: José Solas que trabajaba en la imprenta de Caraza en Teniente Rey aprendí a trabajar esas máquinas y me hice impresor pero cuando empezaban las reparaciones del ingenio volvía para Las Tunas.

“A mi lo que más gustaba era el ingenio y los trabajos temporales en esa imprenta”.

Hice dieciocho zafras en Estados Unidos, pues allí empezaba el 1ro de Octubre y terminaba en Diciembre, empezando la zafra de Cuba en Enero por lo que podía hacer las dos sin problema. De modo que durante dieciocho años hice dos zafras, la de aquí y la de allá en Louissiana. La última vez fue en 1958 y cuando íbamos a regresar a Cuba el 1ro de Enero del cincuenta y nueve allá nos dijeron que había triunfado la revolución en la Isla y así el avión no podía salir.

Después de estar siete días esperando hicimos el viaje directo a Camagüey en el PAN AMERICAN. Luego fue que nos mudamos para La Habana hace treinta años, desde 1965 cuando me retire del ingenio.

Me sorprendió que como a cinco años después al calor de la zafra del setenta fui llamado a colaborar en el mismo central "Amancio Rodriguez". Resulta que llamaron por teléfono y cuando pregunte quien era me dicen que del ingenio para explicarme que a pesar de estar yo jubilado ellos necesitaban contar con algunas orientaciones de mi parte, conociendo que yo había estado cincuenta años trabajando en el departamento de fabricación y ese era el lugar que más mal andaba en medio de esa zafra tan importante, llamada de los 10 millones de tonelada de azúcar.

Yo pensé que iba por tres días. Les di las orientaciones que me pidieron, pero finalmente me quede tres meses, pues el jefe que había allí lo mandaron para La Habana y me dejaron a mi en su lugar hasta el fin de la zafra.

Lo que sucedía era que en los tachos de azúcar del ingenio se formaron unos granos falsos que cuando caen en la centrifuga tupen lo huequitos de estas, que trabajan a 1400 revoluciones por minuto, por lo que no dejaban salir la miel al separarse de la azúcar.

Ayude a resolver ese problema y me mantuve en el ingenio hasta que termino la zafra por lo que recibí el diploma que otorga la Sociedad de Técnicos de Azucareros de Cuba. Creo que por esa y otras causas fue que fui entrevistado para el Periódico "Adelante" de Camagüey, artículo publicado con motivo a la zafra del 70.

Bueno, entre tanto trabajo me pase treinta y nueve años sin volver de visita a la montaña, a Santander, desde que me case y fui con "Pimpa ", mi esposa, estuve otro lapso de veinte años sin volver pero ahora después de jubilado he ido cuatro veces, siendo la última en el mes de Septiembre de 1993.

Nuestra familia era una familia labradora, teníamos una casa en el campo, con vacas, ovejas y todo lo común en la vida campesina de entonces. Que se extendía por todo el Norte de España sin mucha diferencia entre una zona u otra.

Nuestro pueblecito de Udias es un conjunto de ocho pueblos pequeños donde todos los habitantes son labradores que cultivan fundamentalmente el maíz, la hierba para el ganado, patatas, los vegetales de la huerta y muchos árboles frutales como manzanas, peras, higos, etc.

Las tierras eran de la casa, propiedad de mis padres. Luego mis hermanos y hermanas se fueron quedando allá y yo les dije que no aspiraba a nada de eso, pero luego se fueron muriendo y la única que queda aun allá esta a 25 kilómetros de Santander, en el pueblo "Valles del Reocín" donde voy a casa de mi hermana Natividad y sus hijos: Vidalín, Mariantonia, Covadonga e Isidoro. Cuando estoy donde mismo nací recuerdo como ayudaba a mis padres en la labranza de la tierra, en realidad no era que trabajara mucho, pues ellos siempre me tuvieron en la escuela hasta los doce años.

Arcadio es el que tiene el taller y Manolo la fabrica de bloques en Cabezón, como a quince kilómetros. El es el único de los sobrinos que ha venido de turista con su esposa hasta la Habana y hemos podido compartir aquí en nuestra casa.

También me acuerdo mucho de las fiestas típicas de mi pueblo que eran el 13 de junio. Entonces se celebraba una gran Romería por San Antonio, el patrón del pueblo pero en todos los demás pueblecitos cercanos se celebraba siempre su santo, por ejemplo recuerdo mucho el de San Bartolomé.

Había tantas fiestas. Eso era tradicional allí. Bueno, las fiestas empezaban con la misa, primero iba el cura a decir las oraciones, luego habían comidas especiales, arroz con leche, comidas típicas, era un día de gran alegría como uno no conocía otra cosa, pues aquello era lo mejor del mundo para nosotros entonces.

La música era con el pito y el tambor, y a bailar. No había orquesta todavía, lo que sonaba mucho era el pito, así de fuerte, es una flauta diferente a la gaita que no se usaba mucho pro allá sino en Asturias y en Galicia, pero los montañeses somos de pito y tambor.

Ah, bueno, pero en las noches se tiraban muchos voladores y esas cosas para alegrarlas. La gente que venían de otros pueblos alegraban mucho todo aquello y luego nosotros íbamos a las fiestas de ellos.

Entonces yo era un niño, un muchacho, y aparte del colegio y las tareas de labranzas jugábamos mucho en el mismo campo con unos palos a tirar en la tierra y cosas así de muchachos, ya vez en aquella época no se conocía el deporte y ni na' de los entretenimientos de ahora.

Lo cierto es que siempre todos hemos mantenido el vínculo y yo les he escrito a todos. Ahora mismo estaba haciendo una poesía a dos de mis sobrinos, los hijos de Arcadio que marchan al servicio militar en Asturias, la provincia de al lado y yo les envío unas palabras de aliento:

Adiós valles del Reocín
Ya nos vamos para Asturias
Donde nos toca la mili para defender a España,
Si alguien osara agredir.

A defender esta tierra
La tierra donde nací
Para Cantabria de España

Que desde niños añoramos
Y por ella suspiramos.

Seremos buenos soldados
Como acero bien templados
Como buenos montañeses
Por ellos si es menester
La vida entera daremos.

He escrito muchas poesías pero solo muestro unas pocas, por ejemplo algunas a mis hermanas y a mis cuñadas. Y hasta a mis sobrinos como ésta que he mostrado.

Con respecto a las sociedades, cuando yo estaba en el ingenio no podía participar en nada de la sociedad porque no vivía en la Habana; luego, desde que nos mudamos para acá me hice socio de la Beneficencia Montañeza y asistía a las actividades regularmente.

Su denominación formal es Sociedad Montañeza de Beneficencia y fue fundada hace más de un siglo, en el año 1883 con una sede en la calle Factoría. Al asociarme, el presidente era un señor que antes había sido secretario de la propia beneficencia, es nacido en Cantabria y todavía vive también, pero resulta que al jubilarse el e ir de viaje a España, me sacaron a mi presidente.

Con anterioridad había sido vicepresidente y espero que el año que viene al terminar mi segundo mandato y completar los ocho años, concluya el cargo pues con mi edad no lo debo llevar más. Entonces continuará un cántabro, o un cubano descendiente. En realidad la mayoría de los socios son cubanos, unos hijos de montañeses, otros no, pero todos formamos parte de una misma familia dentro de la sociedad.

Ahora tenemos 456 socios de la beneficencia, pues mira que de todos esos solo quedan 29 cantabros, a parte de 13 o 14 naturales de otras regiones de

España que también se han asociado a nosotros. El resto son de aquí, la mayoría cubano, y esos 29 estamos bastante bien.

Las actividades que hacemos en la beneficencia actualmente son pocas, nos es como antes cuando a mayoría de los socios eran los propios emigrantes cantabros, llegando a cerca de 300 naturales, dedicados en su mayoría al comercio.

Pero sigue siendo algo importante para los socios el panteón de la beneficencia Montañeza, todo de mármol, tiene como cien bóvedas y esta en muy buenas condiciones, con su capilla y todo. Abajo tiene los osarios, esta en una zona céntrica de cementerio y costo como 80 000 dólares.

Eso fue obra de los montañeses en Cuba, pero se ha mantenido por la Beneficencia hasta ahora y esperamos que los descendientes sepan darle también dicho panteón para todos los que sentimos algo por Cantabria desde Cuba.

El Centro Montañez es otra cosa. Desde su fundación en 1910 concede en la calle Neptuno, se dedica al recreo de sus asociados y tiene ofertas de comestibles y bebidas, también así recaudan más. Ellos tienen un salón de actos con bailes, juegos de domino y otras cosas, pero no un panteón.

Estamos con la idea de unirnos, pero todavía no es nada definitivo. Yo también soy socio del Centro e incluso fui directivo un tiempo.

Aunque el presidente de Cantabria no ha venido a La Habana como hicieron Fraga y Vigil, nosotros estamos esperanzados con la ayuda que nos anunciaron a nombre de él para arreglar el local, pero que todavía no ha llegado.

Cuando yo fui de visitas en 1991 tuve una entrevista con el mismo señor Juan Hermoechea que en su condición de presidente de Cantabria me atendió muy bien y fue muy amable conmigo.

Los descendientes que pertenecen a la asociación veo en ellos un deseo espontáneo por conocer todo lo que sea posible acerca de su tierra de origen España, así como en Cantabria especialmente. Lo hacen con deseos de compartir esa raíz común y de cooperar en su mantenimiento y desarrollo en las condiciones actuales que vivimos en Cuba, pero sin pensar por separado entre Cuba y España, sino todo lo contrario, como partes de lo mismo.

A pesar de mi dificultad para caminar en todo lo demás me siento muy bien para la edad que tengo, cercano a cumplir los cien años ahorita. Para mí lo peor sería que se me metiera en la mente el bagazo de caña, la basurita que se bota en el proceso de fabricación de la azúcar, o sea, que pierda la memoria, pero que va, aun quedamos algunos cantabros, ya viejos, pero con la mente y el alma abiertos a los jóvenes, para quienes todavía somos sus abuelos españoles.

De esta emigración, de la cual me convertí en uno de sus máximos exponentes, muchos españoles hicieron fortuna, yo no tuve esa suerte, pero le doy gracias a Dios por darme la vida hasta los 90 años¹".

Como Manolo, aún nos quedan, ya en números reducidos, esos que ahora llamamos abuelos y que otrora fueron los acorazados buscadores de sueños en tierras del olvido.

A todos ellos va dedicado este trabajo.

¹ José Manuel Fernández de la Cueva "Manolo", falleció en La Habana el 5 de Junio de 1995, con 96 años de edad. Este testimonio fue guardado celosamente por sus familiares en Cuba, y puesto en mis manos 13 años después.